

en medio de la prole embrutecida;
y antes del libro, á conocer tú llegas
la cartuchera y el fusil, y entregas
en los combates tu azarosa vida.

¡El progreso te llama, y tú, soporta!
¡Vas á luchar! ¡Oye el clarín que grita!
¿que no sabes leer? ¡eso qué importa,
tu carne en el festín se necesita!

¡No te preocupa la verdad! La ciencia
no la imaginas tú, es un vacío,
¡por eso es una rosa tu conciencia
hecha de luz y espiritual rocío!

¡Es dulce y apacible tu mirada,
la de tu amo y señor, bravía y hosca,
con su mirar el corazón te espina!
¡Qué hermoso el dril de tu camisa tosca,
y qué asquerosa y fea, y qué manchada
la leva del señor que te asesina!

¡Deja que sangre sin piedad la herida,
el bálsamo no imploras de su mano!
¡que es más noble tu mano encallecida
que la mano enguantada del tirano!

¿Débil y esclavo has de vivir acaso?
¿No ves que el millonario te desgarras?
¡por orgullo de raza, ábrete paso,
y haz de tu mano una potente garra!

¡Espera, sembrador, que el despotismo
del rico ha de abdicar en mansedumbre,
cuando el derecho de igualdad alumbre;
y tú que fuiste ayer lodo de abismo,
mañana serás águila en la cumbre!

¡Prepárate á luchar. Heróico y rudo
demuele la granítica barrera;
mi férrea lira llevarás de escudo
y mi lírico verso de bandera!

JORGE F. ZEPEDA
(Hondureño)

La reja

Un acompasado desfile de ardientes
resoplidos indicó que la vida—ausente
desde hacía dos semanas—tornaba al
taller.

Paulillo — futuro obrero — en pie
sobre el yunque desde el que gober-
naba el fuelle, miraba con entusiasmo
las caravanas de chispas de oro dispa-
radas hacia lo alto á cada nuevo vio-
lento respirar de la fragua, y los tu-
multos de azul y morado danzando
sobre el montón de rojo fuego.

El viejo herrero, Paulo, no miraba
nada. Con un apretado manojo de fie-
reza por entrecejo, parecía estar en
uno de esos momentos en que la con-
ciencia soporta algún peso angustioso,
ó en que el recuerdo saborea la hiel
dejada por algún instante horrendo.

—Basta, dijo al fin.

El herrerillo saltó del yunque y fué
corriendo hacia la fragua, del fondo de
la cual el obrero sacaba asido por unas
inmensas tenazas negras, un trozo de
hierro con semblante de carmín.

A poco, el hierro gemía; en seguida
estuvo domado. Seis horas más tarde
sonaba el último golpe de mazo sobre
el yunque. Estaba concluida la obra:
una reja de seis trozos de hierro recia-
mente ajustados.

Paulillo sonrió; aquel día comerían
carne.

El viejo herrero levantó la reja para
calcular la altura á que sería colocada
y tembló al mirarla tan de cerca, es-
pantado primero, de odio luego. Su
primer intento fué el de destruir la
obra. Sintió que un mar se desencade-
naba en su cerebro batiendo con fiereza
en su frente; temiendo un estallido de
la cabeza iba ya á arrojar muy lejos la
reja, cuando le detuvo la sonrisa de
Paulillo; adivinando la causa de aquel
contento reparó en lo vistoso de los
remiendos del traje del niño, y luego,
luego recordó que había más niños,
que al volver al pobre hogar le pedi-
rían, qué?, lo de siempre, pan.

Aquella tarde hubo contento en la
casa. Paulillo, como un obrero viejo,
hablaba á sus hermanitos de la facili-
dad de adquirir dinero cuando se dis-
pone de una fragua. El viejo escuchaba
aquellos regocijos vuelta la mirada ha-
cia otro lado á fin de no enturbiarlos
con la dolorosa amargura de su sem-
blante.

Al otro día la reja era colocada en las
espantosas penumbras de una cárcel.

RUBÉN COTO